

Santo Tomás de Aquino

Los Bienaventurados en el Reino de los Cielos.

I) CRISTO, CABEZA DE LA IGLESIA

A) JESUCRISTO ES CABEZA DE LA IGLESIA

"Así como se dice que toda la Iglesia un solo cuerpo místico, a semejanza del cuerpo natural del hombre, que, según sus diversos miembros, tiene diversas operaciones, como enseña el Apóstol (Rom 12,4-5 Y 1 Cor. 12,12 ss.); así también Cristo se dice que es la Cabeza de la Iglesia a semejanza de la cabeza humana, en la cual podemos considerar tres cosas: el orden, la perfección y la virtud.

El orden, por ser la cabeza la primera parte del hombre comenzando por arriba; por esto a todo principio se le suele llamar cabeza, según aquello (Ez. 16, 25): *En toda cabeza de calle levantaste una señal de su prostitución*. La perfección, porque en la cabeza radican todos los sentidos interiores y exteriores, no habiendo en todos los demás miembros sino sólo el tacto por lo cual se dice (Is 9, 15): *El anciano y el hombre respetable, ése es la cabeza*. La virtud, porque esta y el movimiento de los demás miembros y el gobierno de ellos en sus operaciones proviene de la cabeza a causa de la fuerza sensitiva y motora allí dominante. Por Esto bien se dice cabeza del pueblo a. su rector o gobernador, según aquello (1 Reg. 15,77): *Porque eras pequeño a tus ojos, fuiste hecho cabeza de las tribus de Israel*.

Estas tres cosas competen espiritualmente a Cristo. Primero, porque según su proximidad a Dios su gracia es más elevada y anterior, aunque no en el tiempo; puesto que todos los demás recibieron la gracia en consideración a la gracia de Cristo, según aquello (Rom. 6,29): *Los que conoció en su presciencia, a éstos también predestinó para ser hechos conforme a la imagen de su Hijo, para que El sea el primogénito entre muchos hermanos*. Segundo, tiene la perfección en cuanto a la plenitud de todas las gracias, según se dice (Jn. 1,14): *Le vimos lleno de gracia y de verdad*. Tercero, tiene la virtud de infundir la gracia en todos los miembros de la Iglesia, según aquello (Jn. 1,16): *Todos nosotros recibimos de su plenitud*. Es, pues, evidente que se llama con razón a Cristo Cabeza de la Iglesia".

B) ES CABEZA DE TODOS LOS HOMBRES

"Entre el cuerpo natural del hombre y el cuerpo místico, de la Iglesia existe esta diferencia: que los miembros del cuerpo natural existen todos a la vez, y los del cuerpo místico no, tanto desde el punto de vista del ser natural, puesto que el cuerpo de la Iglesia está constituido por los hombres que existieron desde el principio del mundo hasta el fin del mismo: como desde el

punto de vista del ser de la gracia, porque entre los hombres que existen en un mismo tiempo algunos carecen de ella que luego la lograrán, y otros ya la poseen. Por tanto, los miembros del cuerpo místico se consideran no sólo en cuanto lo son de hecho, sino también en tanto lo son en potencia. Hay, sin embargo, algunos que, siéndolo en potencia, jamás son reducidos al acto; y otros que a veces lo son, y esto según tres grados: 1º, por la fe; 2º, por la caridad de esta vida, y 3º, por la fruición de la patria.

Debe decirse, por consiguiente, que, tomando en general todo el tiempo del mundo, que Cristo es cabeza de todos los hombres según diversos grados. Pues, primero y principalmente, es cabeza de los que se le unen en acto por la gloria; segundo, de los que se le unen en acto por la caridad; tercero, de los que le están unidos en acto por la fe; cuarto, de los que le están unidos solamente en potencia, no reducida aún al acto, pero que han de serlo según la divina predestinación; y quinto, de los que le están unidos en potencia, que jamás será reducida al acto, como los hombres que viven en este mundo y no son predestinados; los cuales, cuando salen de esta vida, dejan de ser por completo miembros de Cristo, puesto que ya no están en potencia para ser unidos a Cristo" (3 q.8 a.3 c).

C) EN CUANTO A LAS ALMAS Y EN CUANTO A LOS CUERPOS

"El cuerpo humano está ordenado naturalmente al alma racional, que es su propia forma y motor; en cuanto que el alma es su forma, el cuerpo recibe de ésta la vida y las demás propiedades convenientes al cuerpo humano según su especie. Pero en cuanto que el alma es su motor, el cuerpo sirve a ésta instrumentalmente. Así, pues, debe decirse que la humanidad de Cristo tiene la virtud de influir por estar unida al Verbo de Dios, a quien el cuerpo está unido por el alma, según lo dicho (q.6 a.1). Por tanto, toda la humanidad de Cristo, esto es, su alma y su cuerpo, influye en los hombres, ya en cuanto al alma, ya en cuanto al cuerpo; pero principalmente respecto al alma y secundariamente respecto al cuerpo; de un modo, en cuanto que los miembros del cuerpo son las armas de la justicia existente en el alma por Cristo, como dice el Apóstol (Rom. 6, 13); y de otro modo, en cuanto que la vida de gloria se deriva del alma en el cuerpo, según aquello (Rom. 8, 11): El que resucitó a Jesucristo de entre los muertos vivificará también vuestros cuerpos mortales, por su Espíritu, que mora en vosotros" (3 q.5 a.2 c).

D) ES TAMBIÉN CABEZA DE LOS ÁNGELES

"Donde hay un solo cuerpo es necesario reconocer una sola cabeza; y metafóricamente se califica como un solo cuerpo toda multitud que está ordenada por sus diversos actos u oficios a un mismo fin. Ahora bien, es evidente que tanto los hombres como los ángeles están ordenados a un solo fin, que es la gloria de la divina fruición; y por esto el cuerpo místico de la Iglesia no se compone sólo de los hombres, sino también de los ángeles. De toda esta multitud Cristo es la Cabeza, porque se halla más cercano a Dios y participa con mayor perfección de sus dones, no sólo con relación a los hombres, sino también con relación a los ángeles; y de su influencia reciben no sólo los hombres, sino también los ángeles, pues, se dice (Ef 1,20 ss,)

que Dios Padre le constituyó, esto es, a Cristo, a su derecha en los cielos sobre toda potestad y principado, y virtud y dominación, y sobre todo nombre que se nombra no sólo en este siglo, mas aun en el venidero; y todas las cosas sometidas bajo los pies de Cristo. Por esto Cristo no solamente es Cabeza de los hombres, sino también de los ángeles; por lo cual se lee (Mt 4,2) que "*se acercaron los ángeles y le servían*" (3 q.8 a.4 c).

E) ES CABEZA EN CUANTO QUE DERRAMA LA GRACIA EN NOSOTROS

"En el alma de Cristo es recibida la gracia en el grado más eminente posible; y por eminencia de la gracia recibida le compete que esa gracia se derive a los demás, lo cual pertenece al carácter de cabeza. Por esto la gracia personal, por la cual es justificada el alma de Cristo, es esencialmente idéntica a la gracia, según la cual es Cristo Cabeza de la Iglesia y justifica a otros; la diferencia reside solamente en la razón" (3 q.8 a. 5 c).

F) DAR LA GRACIA ES PROPIO DE CRISTO DIOS Y HOMBRE

"Dar la gracia o el Espíritu Santo conviene a Cristo como Dios por su propia autoridad; pero instrumentalmente le conviene también en cuanto hombre, esto es, en cuanto que su humanidad fué instrumento de su divinidad (cf. DAMASCIENO, De fide ort. 3,15: PG 94, 1049), y así las acciones de Cristo por virtud de la divinidad fueron saludables para nosotros, porque producen en nosotros la gracia, ya por el mérito, ya por una cierta eficiencia" (3 q.5 a.1 ad 1).

II) LOS SANTOS EN EL CIELO

A) LOS SANTOS EN EL CIELO VEN A DIOS CARA A CARA

"El medio en la visión corporal e intelectual es de tres clases. El primero es el medio bajo el cual se ve; y éste es el que perfecciona la vista para ver en general, pero sin determinar la vista a un objeto especial; como, por ejemplo, la luz corporal con relación a la vista corporal, y la luz del entendimiento agente con relación al entendimiento posible. El segundo es el medio con que se ve, y ésta es la forma visible con la que se determinan ambas vistas a un objeto especial, como, por ejemplo, la forma de la piedra para conocer la piedra. El tercero es el medio en el cual se ve, y esto es aquello cuya inspección lleva la vista a otra cosa; como por ejemplo al mirar a un espejo se ve ir aquellas cosas que en el espejo se representan, y viendo la imagen se conoce lo imaginado, y de la misma manera el entendimiento por medio del conocimiento del efecto es guiado hacia la causa, o al contrario. Por tanto, en la visión de la gloria no habrá un tercer medio para que Dios sea conocido por las especies de otras cosas como es conocido ahora, y por lo cual se dice que vemos ahora m espejo (1 Cor 13, 22); ni habrá allí un segundo medio, porque la misma esencia divina será aquello con que nuestro entendimiento verá a Dios. Solamente habrá allí un primer medio que elevará nuestro entendimiento para que pueda unirse a la substancia increada del modo ya dicho. Pero por este medio no puede

calificarse de mediato el conocimiento, porque no se antepone entre el sujeto que conoce y la cosa conocida, sino que es aquello que da al que conoce la fuerza para conocer" (Suppl. Q. 92 a.1 ad 15).

B) LOS SANTOS NO PUEDEN PECAR

Aunque el párrafo se refiere solamente a los ángeles, es aplicable también a los santos en general.

"Los ángeles bienaventurados no pueden pecar, porque su bienaventuranza consiste en ver a Dios por esencia, y la esencia de Dios es la esencia misma de la bondad. Por tanto, el ángel que ve a Dios se halla respecto de El en la misma situación en que se halla el que no ve a Dios con relación a la común razón del bien. Y como es imposible que nadie quiera u obre cosa alguna sin tener en cuenta el bien, o que quiera separarse del bien en cuanto tal, infiérese que el ángel bienaventurado no puede querer ni obrar, sin atender a Dios; y es evidente que, queriendo u obrando así, no puede pecar. Por consiguiente, de ningún modo puede pecar el ángel bienaventurado" (1 q.62 a.8 c).

C) LOS SANTOS QUE VEN A DIOS NO VEN EN EL TODAS LAS COSAS

"Dios, viendo su propia esencia, conoce todas las cosas que son, serán y han sido, y estas cosas se dice que las conoce con ciencia de visión, porque a semejanza de la visión corporal conoce aquellas cosas como presentes. Además, Dios conoce, viendo su propia esencia, todo lo que puede hacer, aunque nunca lo haya hecho ni lo haya de hacer; de lo contrario, no conocería perfectamente su potencia, porque no puede conocerse la potencia si no se conocen los objetos de esta potencia, y esto es lo que se dice conocer con ciencia o conocimiento de simple inteligencia.

Pero es imposible que un entendimiento creado, viendo la divina esencia, conozca todas las cosas que Dios puede hacer. Porque cuanto más perfectamente se conoce un principio, tantas más cosas se conocen de él; de la misma manera que en un principio democrático el que es de ingenio más agudo ve más conclusiones que otro que es de ingenio más tardo. Y como la cantidad de la potencia divina se determina según las cosas que caen bajo su esfera, si su entendimiento viese en la divina esencia todas las cosas que Dios puede hacer, la cantidad de perfección en este ser inteligente sería la misma que la cantidad de la divina potencia en la producción de los efectos, y así comprendería la divina esencia, lo cual es imposible a todo entendimiento creado.

Mas todas aquellas cosas que Dios conoce con ciencia de visión, las conoce un entendimiento creado en el Verbo; es decir, en el alma de Cristo. Pero acerca de los demás videntes de la esencia divina hay dos opiniones. Porque unos afirman que todos los que ven a Dios por esencia ven todas las cosas que Dios ve en ciencia de visión. Pero esto es contrario a las expresiones de los Santos, que establecen que los ángeles ignoran algunas cosas; y, sin

embargo, consta, según la fe, que todos los ángeles ven a Dios por esencia.

Y por esto otros dicen que los demás distintos de Cristo, aunque ven a Dios por esencia, sin embargo no ven todas las cosas que Dios ve, porque no comprenden la esencia divina. Porque no es necesario que el que conoce la causa conozca todos los efectos de ésta, salvo en el caso de que comprenda la causa; lo cual no compete al entendimiento creado.

Y, por tanto, cada uno de los que ven a Dios por esencia ven en su esencia tantas más cosas cuanto más claramente contemplan la esencia divina, y esto es lo que explica que acerca de ellas los unos puedan instruir a los otros. Y mi la ciencia de los ángeles y de las almas santas puede aumentarse hasta el día del juicio, como también son susceptibles de aumento aquellas otras cosas que pertenecen al premio accidental. Pero no pasará más adelante, porque entonces será el último estado de las cosas, y en aquel estado es posible que todos conozcan tanto Dios conoce con ciencia de visión" (Suppl. q.92 a.3 c).

D) PERO SABEN TODO CUANTO AQUÍ SE HACE

"Las almas de los muertos no Saben lo que aquí sucede por conocimiento natural, y la razón de este hecho puede deducirse de lo dicho anteriormente (a.4). Porque el alma separada conoce los objetos singulares por el hecho mismo de estar determinada en cierto modo a ellos, ya sea por reminiscencia de algún conocimiento anterior o ya por una disposición divina. Mas las almas de los muertos se hallan separadas por divina disposición y según su modo de ser del trato con los vivos y en comunicación con las substancias espirituales separadas del cuerpo. Y por esto mismo ignoran lo que entre nosotros sucede, razón insinuada por San Gregorio (cf. Mor 12,21: PL 75,999): *"Los muertos no saben cómo se desenvuelve la vida de los que les sobreviven en la carne, porque la vida del espíritu dista mucho de la del cuerpo, y así como los seres corpóreos e incorpóreos son de diverso género, lo es también su conocimiento"*. Es lo que San Agustín parece explicar en su libro sobre *El cuidado de los muertos* (13,16: PL 40, 604.607) diciendo que *"las almas de los muertos no intervienen en los asuntos de los vivos"*.

Sin embargo, en cuanto a las almas de los bienaventurados parecen discordes San Gregorio y San Agustín. Porque el primero añade en el lugar citado: *"Lo cual no debe pensarse de las almas santas, porque no es de creer en modo alguno que las que ven íntimamente la claridad de Dios omnipotente, ignoren algo de lo que afuera sucede"*. San Agustín, por su parte, dice expresamente (o. c., 13 Y 14) que *"no saben los muertos, aun los santos, qué es lo que hacen los vivos y sus hijos"*. Como se lee en la Glosa (interl.) de San Agustín sobre aquellas palabras (Is. 64, 16): *Abraham no nos conoció*, y prueba su aserto porque no era visitado de su madre ni consolado en sus aflicciones como cuando vivía, y no es probable que su madre se hiciese más cruel en una vida más feliz; y por la promesa del Señor al rey Josías de que moriría antes para que no presenciase los males que afligirían a su pueblo (cf 4 Reg. 22, 20). San Agustín, sin embargo, lo afirma con cierta duda, pues advierte de antemano que *"cada uno tome lo que digo"*

según le parezca". San Gregorio, en cambio, habla afirmativamente, como lo prueban sus palabras "de ningún modo debe creerse ..."

Parece más probable, de acuerdo con San Gregorio que las almas de los santos, que ven a Dios, conocen todo lo que actualmente sucede aquí, pues son iguales a los ángeles, de quienes el mismo San Agustín (o.c., c. 15) asegura que no ignoran lo que sucede entre los vivos. Pero como las almas de los santos están perfectísimamente unidas a la justicia divina, no se entristecen, ni se mezclan en los asuntos de los vivos, sino según la justicia divina lo dispone. (I q. 89 a. 8 c).

E) DEBEMOS INVOCAR A LOS SANTOS

"Este orden está divinamente establecido en las cosas", según San. Dionisio (cf De eccI. hier. c.5 P.14: PG 3,504), *"de modo que por los seres intermedios se reduzcan a Dios los seres últimos"*. Por lo cual, como los santos que están ya en la gloria se hallan muy cerca de Dios, este orden de la ley divina requiere que nosotros, que permaneciendo en el cuerpo peregrinamos lejos de Dios, nos reduzcamos a El por medio de los santos, lo cual ciertamente sucede cuando por medio de ellos la divina bondad derrama sobre nosotros su efecto. Y como nuestra vuelta a Dios debe corresponder al movimiento de las bondades del mismo hacia nosotros, así como mediando los sufragios de los santos llegan a nosotros los beneficios de Dios, así conviene que nosotros volvamos a Dios para que de nuevo recibamos sus beneficios por medio de los santos. Y por estas razones los constituímos delante de Dios como intercesores por nosotros, y como mediadores, cuando les pedimos que oren por nosotros" (Suppl. q.72 a.2 c).

F) A TODOS, AUN A LOS MENORES

"Aunque los santos superiores son los más aceptos a Dios que los inferiores, es útil, sin embargo, orar de vez en cuando aun a los santos menores. Y esto por cinco razones: 1º, porque algunas veces tiene uno mayor devoción al santo menor que al santo mayor, y de la devoción, sobre todo, depende el efecto de la oración; 2º, para evitar el fastidio, porque la asiduidad de una sola cosa engendra hastío. Y así al orar sucesivamente a varios santos se excita en el que ora un nuevo fervor de devoción; 3º, porque se ha concedido a ciertos Santos patrocinar a sus devotos principalmente en algunas causas especiales, como a San Antonio para librar del fuego del infierno; 4º, para que tributemos a todos el honor debido; y 5º, porque por las oraciones de muchos se alcanza algunas veces lo que no se logra por la oración de uno solo" (Suppl. q.72 a.2 ad 2).

G) LOS SANTOS CONOCEN NUESTRAS SÚPLICAS

"Es necesario que cada bienaventurado conozca en la esencia divina todas aquellas cosas que requiere la perfección de su bienaventuranza. Pero para la perfección de esta bienaventuranza se requiere que el hombre tenga cuanto quiera y no quiera nada desordenadamente. Ahora bien, con recta voluntad

todos quieren conocer aquellas cosas que tocan al mismo. Por lo cual, como los Santos tienen toda la rectitud, quieren conocer las cosas que a los mismos pertenecen, y, por tanto, conviene que las conozcan en el Verbo. Y pertenece a su gloria el prestar auxilio a los que lo necesitan para su Salud, porque de este modo se hacen cooperadores de Dios, "que es lo más divino que hay", como dice San Dionisio (cf. De eccl, hier, c.6 p. 3,2: PG 3, 165). De donde se deduce que los santos tienen conocimiento de aquellas cosas que para esto se requieren. Y así es manifiesto que Conocen en el Verbo los deseos, las devociones y las oraciones de los hombres que se acogen a su protección" (Suppl. q.72 a.1 c).

H) LAS ORACIONES DE LOS SANTOS SON SIEMPRE ESCUCHADAS

"Se dice que los santos ruegan por nosotros de dos maneras: una, con oración expresa, cuando con sus votos llaman a los oídos de la divina clemencia en nuestro favor, y otra, con oración interpretativa, a saber, por sus méritos, los cuales, estando como están delante de Dios, no sólo ceden en gloria suya, sino que también son para nosotros sufragios y oraciones; así como la sangre de Cristo derramada por nosotros se dice que pide perdón, Y de estas dos maneras las oraciones de los santos son, cuanto están de su parte, eficaces para impetrar lo que piden. Pero de parte nuestra puede haber defectos que nos impidan conseguir el fruto de las oraciones de los santos cuando se dice que ruegan por nosotros, ayudándonos con sus méritos. Pero desde el punto de vista de su oración en favor nuestro, exigiendo con sus votos alguna cosa para nosotros, siempre son oídos, porque no quieren sino lo que Dios quiere ni piden sino lo que quiere que se haga; y lo que Dios quiere siempre se cumple, a menos que hablemos de la voluntad antecedente, según la cual quiero que todos los hombres se salven, la Cual no siempre se cumple. Por lo cual no debe extrañarnos si aun lo que los santos quieren conforme a este modo de voluntad alguna vez no se cumpla" (Suppl. q.72 11,3 c).